

RUTAS POR LAS HOCES DEL DURATÓN

FECHA: 16/10/2012

COMENTARIO

Nos ha tocado madrugar algo más de la cuenta, teniendo en cuenta la distancia a destino y la época en la que estamos. A la siete de la mañana salíamos camino de Valladolid, desviándonos hacia Cuellar hasta llegar a Cantalejo, donde hicimos la parada de rigor.

A las 9,45 llegamos a Sepúlveda. El autocar nos dejó a pie de ruta, por lo que no tuvimos que entrar en el pueblo.

A las diez atravesamos el Puente de Talcano para adentrarnos en el valle. El sendero era estrecho pero bien señalizado y muy llano, dejando el río a nuestra izquierda con un sonido casi imperceptible. Los chopos iniciaban el cambio al color otoñal. A esta vista se unían los sauces, alisos, endrinos, rosales silvestres y zarzas plagadas de moras que, por cierto, no estaban muy sabrosas.

A lo largo del recorrido, seguimos observando altos farallones rocosos donde anidan gran cantidad de buitres leonados según nos han contado porque nosotros vimos algunos menos de los que nos decían los lugareños. Aun así, pudimos ver sobrevolar a algunos con sus alas extendidas, sin apenas moverlas.

A medio camino. En una pequeña explanada, tocaba descansar para reponer fuerzas.

A la una llegamos al Puente de Villaseca la mayoría de los senderistas, incluyendo a Argimiro que con sus 80 años cumplidos hizo el recorrido sin inmutarse. En el recuento de los caminantes nos faltaban tres, que no acababan de llegar. ¿Qué habría pasado? Cuando algunos estábamos dispuestos a volver sobre nuestros pasos en su búsqueda, se oyeron unas voces en la lejanía. Al poco rato aparecieron sin novedad aparente. La causa: las gafas de Manolo que no aparecían.

El autocar nos llevó hasta el aparcamiento. Desde allí, bajamos hasta la ermita de San Frutos. Lástima que hubiera tan pocos buitres. Es uno de los lugares más espectaculares para observar su vuelo rasante. La subida hacia el autocar era un poco costosa pero allí aparecieron todos a la hora estipulada.

Llegamos al restaurante a las tres en punto. Como suele suceder por esos pagos, el cordero estaba delicioso. Una pena que el servicio no estuviera a la altura de los manjares. ¡Cuesta tan poco alguna sonrisa! A los postres y

a falta de nuestro rapsoda principal, Luis nos deleitó con uno de sus poemas preferidos.

Al final de la sobremesa, unos se dedicaron a acariciar las cartas entre sus manos mientras que otros prefirieron degustar los placeres del arte, recorriendo las calles del pueblo. En el camino de vuelta a casa, gran parte del personal optó por dar una cabezadita. Cansados pero contentos.